

el verdadero asesino quien firma su condena: un mundo ambiguo, de travestismo personal, de máscaras que buscan su cambio, su inmediata eirugía estética al borde ya del olvido de un pasado que les recuerda constantemente su sordidez humana, espiral de

soledad en la que finalmente quedan envueltos en la tumba de Santa María.

No existen, pues, los tiempos convencionales en "Dejemos hablar al viento", novela que actúa como un delicioso detonante irónico sobre la realidad real, sobre

la llamada literatura realista. Porque la novela de Onetti es sólo real en el sentido de la verosimilitud de su fantasmagoría y de la tramoya de los hechos y conductas de sus personajes. Pero Onetti desprecia, con la solemnidad del humo, la incidencia de su narración en la escolástica del materialismo histórico y la realidad objetiva. Y ese es otro de los méritos rotundos de "Dejemos hablar al viento": rotos los tiempos, los espacios son nubes del recuerdo, cuadros del propio Medina envuelto en su pasado. Sin embargo, la narración impone sus moldes tradicionales: exposición, nudo y desenlace, truco fundamental de la memoria onettiana que consigue que el lector tenga obligatoriamente que participar de la catarsis del autor, so pena de tener que abandonar "Dejemos hablar al viento" en mitad del desierto fácil de la realidad. Capítulos clásicos alternan en el juego del relato con simples viñetas, frases-pensamientos, pinceladas elementales que retrotraen al lector avisado a la relación narrativa: recurrencia de estilo que el oficio de Juan Carlos Onetti utiliza varias veces a lo largo de la novela, la última —según nos dicen— de Santa María, donde los hilos desperdigados van ligándose hasta conseguir cerrarse al final, cicatrizar extensa e intensamente, dejar definitivamente zanjada la ofensa o a la deuda con el pasado. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

JAZZ

ECM

MIENTRAS las miradas de quienes estábamos en platea se distraían entre vidrieras y ornamentos, y continuaban llegando los rezagados a un concierto matemáticamente puntual, el grupo Azimuth ocupaba la escena como si nada tuviera que ver con ellos. Norma Winstone ponía una y otra vez a prueba sus buenas facultades y su peculiarísima voz en ejercicios de tanta dificultad que nada más oírlos le daba faringitis a uno. Kenny Wheeler, con la trompeta y el fliscorno, cruzaba líneas con la Winstone en plan atmosférico, y John Taylor, que con el piano cumplía a rajatabla la orden de que todos los pianistas de "la casa" toquen como Jarrett, daba de vez en cuando un poco de calor a aquello, haciendo sonar esporádicamente un órgano electrónico y algún que otro artilugio. Esa era la primera parte de la presentación de ECM en España: su equivalente pictórico hubiera sido el mapa del tiempo realizado por un dibujante japonés. La segunda parte ya fue más cálida. Jan Garbarek (de Oslo, Noruega, y no sueco como han dicho por ahí), Charlie Haden (americano, de Shenandoah, y no inglés) y Egberto Gismonti (este sí es brasileño) forman un trío que, por lo escuchado, represen-

Jan Garbarek, Egberto Gismonti y Charlie

CULTURA A LA CONTRA

Muerte meteorológica de una ilusión

HACE un año, y creo que fue más o menos por estas fechas, empecé la columna esta. Y hablaba, creo recordar, del mercadillo en que se habían convertido las calles de Madrid; zoco oriental más divertido y agradable —además necesario, tanto para los compradores de baratijas como para los parados, que en él encontraban sustento— que el carnaval de plásticos electorales, de fanfarrias y de himnos, que acompañó el nacimiento de esta democracia en poliuretano y rellena de bakelita, fosforescente y vestida de ejecutivo que nos han regalado los franquistas. Pues bien, el mercadillo madrileño empieza a morir. En otoño, de forma chopiniana, exangüe y apaleado por ediles y concejales, que se llaman comunistas o socialistas, y que corren a defender los intereses del pequeño empresario de "honesto comerciante", de la médula misma que anima a la burguesía. Parece que hay que matar la iniciativa y el color e impedir que aquellos que no tienen medios de subsistencia consigan ganarse el pan sin recurrir al delito, y es que si no hubiera delincuencia no habría tampoco Policía —aunque algunos opinen que la cosa empezó al revés, y que fue la Policía quien engendró la delincuencia—, y es que el Ayuntamiento, para vivir y pagar las deudas que contrajeron sus anteriores administradores, necesita que les paguen impuestos municipales: el color, la fiesta y el juego tienen que pagar impuestos, si es que quieren subsistir dentro de la ley. La iniciativa, la marginación han de ser etiquetadas y aparcar en zonas señaladas, no desbordarse.

Desde los albores de la democracia posfranquista hasta ahora, cada vez son más las libertades que al principio parecieron darnos, y que ahora nos van quitando una por una: libertades relacionadas todas con la vida en la calle, con nuestro entorno diario. La Policía aumenta su actuación y su presencia en las calles, y hace unos días pude leer, desde la calma relativa de una isla del Mediterráneo, cómo en una semana se habían efectuado en el Madrid nocturno más de mil detenciones. Del Rastro quitaron hace ya tiempo los puestos de partidos políticos, que suponían una sana expresión de libertad —o tal vez, "una sana libertad de expresión"—, para darles gusto a los vándalos de ultraderecha; ahora sólo quedan los puestos de los nazis, con quienes los demócratas no se meten. Y hoy, en los Metros han puesto unos guardias —más guardias, más guardias— juramentados, dispuestos a expulsar de su sagrado y carísimo y polucionado recinto a vendedores ambulantes, músicos y demás entretenedores de nuestros inacabables trayectos. Y los propietarios de tiendas y almacenes parecen haber abandonado la lucha contra hipermercados y otros macrocomercios —que les hacen una competencia mucho mayor y más desleal— para centrar sus iras en el débil, en aquel que no tiene la ley de su parte, en el marginado y en el pobre. El complot contra la vida continúa y nos siguen hundiendo en la mierda cotidiana.

Hace un año empecé a creer que Madrid se salvaba; que iba a salir de los cuarenta años de franquismo, alegre y dicharachero, como en los buenos tiempos. Incluso hace poco tiempo tenía —contra toda razón— la esperanza de que un Ayuntamiento de izquierdas sirviera para arreglar un poco las cosas, para dar una dimensión de mayor libertad y alegría a la vida ciudadana. Una vez más, la realidad ha quitado la razón al deseo y se ha vuelto a ver aquí, en la calle, lo poco de izquierdas que es la izquierda parlamentaria y pactista. Y que no nos vengan ahora con el truco de pedir la "legalización del porro". Está muy bien, pero hay también objetivos más inmediatos, como, por ejemplo, la posibilidad de vivir mejor en la calle. ■ EDUARDO HARO IBARS.



ta el último estadio de perfeccionamiento alcanzado por ECM en su lucha por ser "el más bello sonido próximo al silencio". Gismonti, compositor de la mayoría de los temas interpretados en el concierto, aportaba la variante rítmica en el piano o la guitarra, mientras que Garbarek y Haden parecían desentenderse del ritmo para concentrarse en una melodiosidad transfigurada y, a veces, excesiva. Allí predominó lo rapsódico, y hubo momentos en que al que suscribe le chirriaban los dientes de tanta dulzura y eteridad. Con todo, aquello tenía empaque, y una suerte de swing aristocrático, como correspondiente a una versión aggiornada del Modern Jazz Quartet. Es de lamentar que al día siguiente del concierto no saliera a la venta el LP "Mágico", primero que graba el trio, porque en él está, sin duda, lo más representativo del sonido ECM hoy por hoy.

Ah, porque se me olvidaba decirles que este concierto se realizó para promocionar la edición en España de los discos de la marca ECM, etiqueta europea que, partiendo de un propósito de libertad total, ha venido a dar en un jazz de cámara de sonido perfectamente identificable. Y hay que reconocer que la presentación ha salido redonda: oír a Garbarek-Gismonti-Haden es, en la actualidad, oír a ECM. Si no me creen, esperen a "Mágico". ■

JOSE RAMON RUBIO.



Gotas nada más

M I respetado presidente y querido amigo: Nunca hubiera pensado en que habría de llegar el triste momento de añorar los viejos y felices tiempos en los que antes de publicar una sola línea el editor había de acudir con las galeradas bajo el brazo al Departamento de Orientación Bibliográfica (censura para los rojazos), del extinto Ministerio de Información y Turismo, con objeto de que los santos y cultos representantes del ideario y de la moral pública pusteran el "nihil obstat" a los calenturientos textos de los escritores españoles, homínidos siempre proclives, como es bien sabido, a la disolución de la familia, el municipio y el sindicato. Y aunque en los nidos de antaño siguen viviendo confortablemente los pájaros hogaño,

es lo cierto que el desmantelamiento apresurado de las nobles y ejemplares instituciones del antiguo régimen ha dado lugar, entre otros, al lastimoso hecho de que en todas las librerías del país se exhiba actualmente un grueso volumen, en cuya misma cubierta se te tacha de ambicioso y se reproduce una vieja fotografía tuya, jurando un cargo con el vistoso uniforme de la época, que te quedaba divino, Adolfo, de verdad. El autor del libro se olvida de que de no haber sido por tu genio político clarividente y por tu noble sacrificio al frente de la nave del Estado no hubiera visto la luz ni una sola coma de su venenoso texto ni hubiera podido pintar, con esos aires de irónica suficiencia que sólo la inexperiencia de la juventud justifica y hace perdonables, la ponzoñosa contrafigura de tu limpio historial de hombre público. Y agárrete a la poltrona, hermano, que la cubierta del libro es una pálida imagen de las insidias que contiene el texto. Aquí y allá se entra a saco en tu "currículum", como si de una almoneda se tratara, y se refieren prolijamente tus fracasos en las oposiciones, ese horror de nuestras vidas, como si lo propio de los españoles fuera asemejarse a Fraga, que ése, sí, las ganó todas; cuando se nos revela tu pobre expediente universitario, la escasa y por ello mismo inteligente desconfianza que ejercías acerca de tus saberes jurídicos, se desconoce, a lo que parece, el penoso estado de postración científica en que quedó sumida nuestra Universidad después de la cobarde e injustificable huida, al término de la guerra civil, de los insignes maestros que impartían la sabiduría en sus aulas; se te reprocha tu acercamiento al Opus Dei, a la Iglesia, a los personajes políticos influyentes de la época, siempre con tu aire humilde y servicial, el pelo impecablemente cortado (que eso gusta mucho a las damas, Adolfo: el pelo), como si a un muchacho de tu extracción se le ofreciera por entonces otro ca-

mino, además de la cadena de montaje de la Mercedes-Benz, que no fuera el de las recomendaciones para conquistar un lugar bajo el sol en la dura paramera franquista. Se comenta en el libro con aire jocoso que siempre fuiste un negado para los idiomas, pretendiendo desconocer el hecho cierto de que, derrotadas Italia y Alemania, España y la lengua española quedarán aisladas y constituidas en la reserva espiritual de Europa, y resultaba de todo punto evidente que un hidalgo castellano, heredero directo de un Imperio en el que no se ponía el Sol, no precisaba de tales saberes ni ínfulas de ilustrado; en el texto se indica, en fin, en diversas ocasiones, la penosa debilidad de tu formación intelectual, el hecho trivial, que el autor cuenta con evidente

regodeo, de que jamás leiste un libro, como si los libros fueran algo imprescindible en nuestras vidas, instrumento y llave de nuestra salvación, y no, como suele ser habitual, vehículos que el diablo utiliza para inficionar los espíritus y alumar ciudadanos rebeldes y sin causa. Toda esa anécdota (pues la aportación del autor no cabe situarla seriamente en el plano riguroso de la historiografía) y mil pequeños detalles, cuales son, para no citar más que dos de ellos, el del desprestigio sistemático de



ANTON AMARGO

esas nobles figuras de nuestra vida política que son José Solís Ruiz y don Laureano López Rodó, dibujan más bien el cuadro de una época, en la que tú apareciste, como enviado por la Providencia, para mayor honra y bienestar de España y de los españoles. Acusaciones veladas, párrafos irónicos, torpes insidias vertidas en una prosa que se recorre, para qué vamos a negarlo, con verdadera pasión, nos dan la clave, no de lo que tú eras, Adolfo, chiquillo, sino de lo que fue, en verdad, el horror de nuestra juventud. Pues bien, querido amigo, desorientado hermano de maleta en una inhóspita estación madrileña de los hambrientos cincuenta, cachorro de la vieja estirpe, todos esperamos mucho de ti, de Banesto y del Pentágono. Y no quisiera terminar esta carta abierta sin decirle a ese jovencuelo que ha tenido la osadía de relatar la fantástica odisea de tu vida, que si ese perrillo que tienes amestrado y que espera a tus ilustres visitantes a las puertas del palacio de la Moncloa, aportando un fino toque europeo de distinción, no olfatea a tiempo los graves riesgos que te acechan y te quedas entre nosotros, el mundo verá, asombrado, cómo la izquierda lucha contigo en la misma trinchera. Esta presumible circunstancia, más que mis palabras, dará cabal idea al autor de la biografía de tu verdadera talla de hombre de Estado y le enseñará, en verdad, cuál es la verdadera cuna del surrealismo. ■

de la